

TIFFANY CALLIGARIS

EL
CRESCENDO
del DRAGÓN



TIFFANY CALLIGARIS



EL
CRESCENDO
DEL DRAGÓN

 Planeta



CAPÍTULO I

UN CAMBIO EN EL HORIZONTE

No extrañaba los días atareados, los días en que sus obligaciones no le concedían ni medio momento de privacidad. Se sentía culpable por ello. Por disfrutar del silencio en vez de anhelar los sonidos de la corte.

Farah Clarkson se enderezó con cuidado para evitar molestar la herida en su abdomen.

Dos días atrás había despertado en un hogar desconocido sin saber cómo había llegado allí, a excepción de algunas escenas que continuaban cambiando de orden en su cabeza.

Las imágenes comenzaban en un esplendoroso salón adornado por montones de velas y copos de nieve; era la celebración por la futura boda de su hermana Kass y el príncipe Lim de Lonech. Recordaba haber conversado con los invitados. También la sensación de alivio que tuvo cuando regresó a la familiaridad de sus aposentos y contempló la luna azul que iluminaba el cielo tras la ventana. Luego

todo se volvía confuso y era arrojada en un espiral de sombras y momentos rotos.

Su atacante se había desprendido de algún rincón oscuro. La daga en su mano había perforado su cuerpo sin vacilar, destrozando su prenda y luego su piel hasta causar un daño casi fatal.

Los únicos rasgos que su memoria guardaba de su atacante eran el pelo marrón rojizo y los rasgados ojos turquesa. La había cargado fuera del castillo sin ser visto, arrebatándola de su reino, para abandonarla a su suerte en un bosque lejano.

Estaría muerta de no ser por Cronan y Garvan Donegal, los príncipes de Glenway. Los jóvenes la habían encontrado inconsciente sobre un lecho de hojas secas y sus esfuerzos por salvarla habían resultado ser suficientes. Gracias a ellos, había logrado escalar fuera de un infinito abismo negro.

Farah acomodó la frazada sobre sus hombros sin apartar la vista de la ventana. Le gustaba mirar hacia afuera. Desde que era una niña sus ojos siempre tendían a perderse del otro lado del vidrio. Era su manera de encontrar calma. Probablemente se debía a que había crecido dentro de un castillo y tenía curiosidad por saber lo que acontecía afuera.

El sonido de una risa juvenil interrumpió sus pensamientos. Los príncipes habían estado jugando una partida de naipes y uno parecía haber logrado un truco sobre el otro. Cronan soltó sus cartas en señal de derrota y pasó la mano por su alborotado pelo castaño. Su mellizo celebró con una expresión de victoria y recolectó el saco de monedas que debía de ser su recompensa.

Se encontraban en una acogedora cabaña de piedra que pertenecía a la familia real. En las palabras de Garvan: «Un refugio al que venimos cuando queremos pasar unos días al aire libre».

Por fuera se veía lo suficientemente austera como para pasar desapercibida, pero por dentro era espaciosa y tenía las comodidades necesarias: dos habitaciones con camas cubiertas en finas sábanas;

una sala de estar con un par de sillones, un juego de mesa con sillas talladas en estilo rústico y un hogar de piedra gris.

Farah se había recuperado lo suficiente como para poder viajar, el día anterior se habían despedido de Eudora, la amable señora que había cuidado de ella cuando los príncipes golpearon su puerta cargando a una reina apuñalada.

El plan era llevarla al castillo, donde residían el rey y la reina de Glenway. Allí le proveerían de un carruaje y una escolta para regresar a Snoara. Tras un largo día de cabalgata en el que los dos jóvenes se turnaron para llevarla en sus caballos, Farah estaba tan cansada que apenas podía mantener los ojos abiertos.

—Lamento si la estamos aburriendo con nuestros juegos de niños, su majestad —dijo Cronan—. Me temo que en la tranquilidad del bosque no hay demasiadas maneras de pasar el tiempo.

El príncipe estiró las piernas sobre el tapizado de un largo sillón, adoptando una postura más cómoda.

—A mi hermano Keven también le gusta jugar a los naipes —respondió la reina en tono cordial—. Y tras todo lo que hicieron por mí, no hay necesidad de ser tan formales. Por favor, es Farah.

Garvan asintió y volcó los mechones de cabello claro sobre su frente. Llevaba grandes botas de cuero que ahora se apoyaban sobre la mesa de té frente a él. Farah intentó ignorar ese detalle.

—He compartido juegos con Keven Clarkson en varias ocasiones —dijo estirando los brazos por detrás de su cabeza—. El príncipe es un diablillo astuto.

Eso la hizo sonreír. No era la primera vez que lo oía. Su hermano menor se había ganado una reputación en lo que respectaba a los juegos de mesa.

—¿Recuerdas cuando nos ganó aquel antiguo reloj de bolsillo? —continuó Garvan—. El cretino nos hizo creer que tenía una mala mano.

—Es un actor convincente —concedió Cronan.

Farah los escuchó desde la ventana. Podía ver el angelical rostro de Keven, iluminado por el tupido pelo dorado y los brillantes ojos verdes. Pensar en su familia le robó el aire de los pulmones. Los príncipes le habían dado noticias terriblemente alarmantes: la boda entre Kass y Lim nunca había sucedido. Landis Ashburn, el dragón de Inferness, había puesto fin al asunto cuando secuestró a su hermana y la llevó al castillo negro sobre el risco, lo cual sugería que Landis también debía estar detrás de su ataque. De seguro había intentado deshacerse de ella para poder forzar a Kassida a casarse con él sin oposición.

Rogaba que eso no hubiera sucedido. Que no fuera demasiado tarde para poder recuperarla.

¿Y qué había del resto de sus hermanos? ¿De la pequeña Posy? Los príncipes le habían dicho que Keven estaba al mando de Snoara en lugar de Everlen, que era quien le seguía en edad.

—Te ves exhausta. Deberías sentarte —sugirió Cronan.

—¿Tienes hambre? —preguntó Garvan.

Farah negó con la cabeza. Su pálido pelo rubio estaba atado con un lazo esmeralda y llevaba un vestido que había pertenecido a la hija de Eudora; era una prenda que combinaba una camisola blanca bajo un corsé negro y una amplia falda verde con motivo cuadrillé. De no ser porque Farah tenía el porte y la mirada de una reina, uno podría pensar que se trataba de una bonita chica de campo.

—Un poco —confesó.

Su estómago había estado en nudos desde que se había enterado de todo lo acontecido, pero necesitaba recuperar fuerzas, por lo que debía comer a pesar de que no tenía apetito.

Garvan movió sus pesadas botas fuera de la mesa y se puso de pie. Tenía un entusiasmo inquieto que lo hacía sonreír de manera constante. Solo bastó un silbido y el enorme perro que había estado reposando debajo de la mesa se apresuró a su lado. Rian. El sabueso tenía una altura intimidante y un denso pelaje de un inusual tono

gris: se veía como si fuera claro por debajo, pero se hubiera revolcado sobre una montaña de hollín.

—Iré por la cena —anunció el joven.

—Vi unas perdices cerca de aquella gran roca en forma de oso. Serán una buena cena —dijo Cronan.

—Buen ojo, hermano.

El príncipe le ofreció a Farah una reverencia antes de continuar hacia la puerta.

—Descanse tranquila, su majestad. Cronan será su fiel guardia hasta que yo regrese.

—Es Farah.

—Farah —repitió su nombre con una voz aterciopelada, como si estuviera recitando poesía.

Esta pretendió que no había sucedido. Lo último que necesitaba era seguir el coqueteo de aquel audaz joven.

El alto sabueso se apresuró detrás de él.

—Gar solo está jugando —dijo su hermano.

Farah giró la cabeza hacia él, abandonando el bosque de coloridas hojas que había estado mirando fuera de la ventana. Cronan Donegal se entretentía construyendo un castillo de naipes.

Los reyes de Glenway nunca habían anunciado cuál de los dos príncipes había nacido primero. Era una medida que habían creído conveniente para proteger la identidad de quien heredaría la corona. Años atrás, su padre le había contado que en la corte los trataban de igual manera y que compartían las mismas responsabilidades.

—Lo sé. Tiene un encanto muy juvenil.

El muchacho respondió con una sonrisa torcida que delataba ironía.

—Sabes que somos unos meses mayores que tú, ¿verdad?

Farah movió la nariz de manera involuntaria. Estaba al tanto de ese hecho.

—Lo sé. No estaba diciendo que no lo fuera. Solo que conserva un espíritu joven —respondió con decoro.

—¿Quién sabe? Tal vez resulte contagioso —murmuró.

Cronan sopló los naipes y derribó la precaria construcción de cinco pisos. Farah los observó volar, demasiado atónita como para responder de inmediato. ¿Estaba sugiriendo que ella carecía de espíritu joven? Probablemente era cierto. Las penas y responsabilidades que la habían coronado el día en que sus padres abandonaron el mundo hacían que olvidara su corta edad de manera constante. Solo que señalarlo no era apropiado.

—Tengo demasiados asuntos que penden sobre mi cabeza: el peso de un reino entero, el bienestar de mis hermanos —respondió—. Me temo que he olvidado lo que es sentirse joven.

Las palabras salieron por sí solas y sobrevolaron la habitación con la ligereza de una brisa.

—Fue una broma —Cronan levantó la mirada y le ofreció una expresión gentil—. Eres una persona admirable. La manera en que peleaste por conservar tu vida demuestra una fortaleza que pocos tienen. Solo me refería a que te ganaste el derecho a disfrutar de esa vida.

Farah se acercó al sillón y se acomodó la falda antes de sentarse.

—Necesito saber que Kass está bien. Que el traicionero rey Landis no la convirtió en su esposa. —Tomó aire y agregó—: Lo mataré con mis propias manos...

—Lo último que oí acerca del asunto es que la guardia de Lonech falló en detenerlo y cruzó los límites de Inferness. Pero eso sucedió días atrás, antes de que Gar y yo te encontráramos...

Farah se llevó una mano al pecho para apaciguar la tormenta antes de que se manifestara en lágrimas.

—Haremos lo necesario para ayudarte. Lo prometo —dijo Cronan endureciendo su voz en un tono más serio.

—Gracias.

En ese momento se preguntó si el joven sentado frente a ella era el futuro rey. Si su promesa cargaba más peso que la de un príncipe.

—¿Qué hay del temblor que mencionaste? —preguntó.

Cronan desvió su mirada hacia la puerta como si estuviera esperando a su hermano.

—Nunca sentí rugir a la tierra de tal manera. Y el aire... por un momento se sintió como estar bajo el agua. Es un misterio. Espero que al llegar a la corte tengan respuestas para darnos.

—También yo.

La reina de Snoara imploró que esas respuestas no rompieran su corazón de la misma manera en que aquella daga había roto su cuerpo.

La mañana trajo nubes que se extendieron por el cielo en un oscuro manto gris. Farah observó los alrededores de manera prudente. El bosque por el que avanzaban no tenía los pinos blancos de Snoara ni las flores silvestres de Lonech, sino que se ocultaba bajo un follaje rojizo. Era más salvaje, impredecible. Su terreno se elevaba y descendía de manera continua al igual que la respiración de un dragón.

Glenway era un reino de roca y vegetación densa. Famoso por sus caballos: imponentes animales de cabeza elegante y torso robusto que reflejaban el espíritu libre de sus tierras. El emblema real era un corcel salvaje en pleno galope.

Ante la vista de otro árbol caído, Farah se sujetó de Garvan Donegal con más intención de la que le hubiera gustado. Era su turno de llevarla dado que solo tenían dos caballos. Al comienzo del trayecto había intentado relajar los brazos, pero la incesante cantidad de obstáculos hicieron que sostenerse del príncipe fuera indispensable para mantenerse sobre la montura.

Garvan no había hecho ningún comentario al respecto. Al menos no con palabras. Insistía en silbar alegres melodías que dejaban en claro su buen humor.

Cronan iba a la par de ellos mientras que el gran sabueso Rian lideraba al grupo corriendo delante de los caballos.

Farah no pudo evitar comparar a los príncipes. No cuando la alternativa era caer en un nuevo espiral de preocupación. La simple tarea de observar al menos le daba una distracción.

Ambos compartían el mismo denso pelo despeinado que parecía cambiar de dirección junto al viento: uno claro y el otro oscuro, como si un mellizo hubiera nacido de día y el otro de noche, en lugar de con meros minutos de diferencia.

Rasgos similares, aire despreocupado, figuras atléticas. Y luego notó un detalle que le despertó curiosidad: los dos compartían los ojos marrones, pero los de Garvan le hacían pensar en primavera, mientras que los de Cronan le recordaban al otoño. Curioso.

Tal vez estaba tan fatigada a causa de todo que se lo estaba imaginando.

—Espera —dijo Cronan interrumpiendo el silbido de su hermano.

Los caballos se detuvieron de inmediato. Farah estiró el cuello para poder ver sobre el muro macizo que era la espalda de Garvan.

Rian parecía haber escuchado algo. Las orejas caídas del sabueso estaban alertas y su largo cuerpo, petrificado.

Las hojas de los árboles se acallaron a su alrededor hasta caer en un silencio absoluto. Farah no tenía el mismo conocimiento de aquella área que los príncipes. Aunque no era difícil saber que algo andaba mal. Podía percibir el peligro al igual que un gusto agrio en la boca, ver la tensión en la postura de los animales.

—¿Qué demonios? —susurró Garvan.

—No lo sé —respondió Cronan.

El paisaje de roca y bosque comenzó a desaparecer bajo un fantasmagórico manto de neblina que se volcó sobre ellos desde diferentes direcciones. No era blanca. Ni gris. Sino que tenía una inusual luminosidad que le recordó a un pantano.

—Luz verde... —murmuró Cronan.

—Luz de hada —terminó su hermano por él.

—¿Crees que sea una criatura?

—Pero han estado bajo un sueño profundo durante años —respondió Garvan.

El primer aullido sonó solitario. Un sonido que anticipaba peligro y terrores desconocidos. La reina había oído lobos en los alrededores de Snoara. Sonaban distinto.

Ambos jóvenes se apresuraron a liberar las armas. Garvan sacó una ballesta que llevaba en la alforja. Cronan desenfundó una espada de hoja ancha con una mano y una segunda de hoja más fina con la otra.

Farah se armó de coraje. Sería útil de cualquier forma posible. La herida en su abdomen no le permitiría correr, pero de ser necesario, pelearía contra su propio cuerpo.

Rian retrocedió. El pelaje del sabueso se erizó desde la punta de su hocico hasta el final de su cola. El gruñido que salió de entre sus colmillos sonó débil en comparación con el infernal aullido que se había infiltrado bajo su piel y sus huesos.

—Allí —señaló Farah sobre el hombro del príncipe.

Una horrenda bestia se abrió lugar entre la luminosa neblina; tenía un par de ojos que ardían como rubíes en llamas.

Farah dejó escapar un grito involuntario.

—Cù-Sith —dijeron los príncipes al unísono.

Tenía el tamaño de un gran perro y la cabeza de un lobo. Una voluptuosa criatura con lanudo pelaje verde. Y la cola... larga y rizada al igual que espirales de humo.

—No es posible —murmuró Garvan.

—Lo recuerdo de aquel libro que solías cargar contigo de niño. El sabueso de las hadas —dijo su mellizo.

Rian saltó sobre la pierna de Cronan y mordió el talón de su bota con urgencia. Quería huir. Que lo siguieran dentro de la neblina en la dirección opuesta. Farah cayó víctima del brillo escarlata de los ojos de la criatura.

—Tapa tus oídos, reina Farah —ordenó Garvan.

—¿Por qué? ¿Qué está sucediendo?

—El primer aullido es una advertencia, el segundo una amenaza, pero el tercero... —El príncipe se volvió rígido bajo sus manos.

—El tercer aullido es una sentencia de muerte —terminó Cronan por él.

Aquella última palabra la regresó a un lecho de tierra húmeda y hojas secas. Estaba al borde de un precipicio que la arrojaría a una caída sin fin.

El Cù-Sith abrió su mandíbula en un gesto hambriento: su lengua era negra y sus colmillos blancos.

Farah se encogió contra la espalda del príncipe, segura de que atacaría.

La criatura inclinó su cabeza de lobo hacia atrás y alzó su hocico hacia el vacío del cielo. El segundo aullido mordió su garganta, exponiéndola al húmedo frío de la neblina verde.

Rian huyó. Los caballos irrumpieron en un galope frenético.

—Si oímos su último aullido, nuestros cuerpos se paralizarán del terror y quedaremos a merced de la bestia —advirtió Garvan.

Venía tras ellos. Podía sentir el hedor de su respiración contra su nuca. Oír el silencio muerto de sus pisadas.

Su corazón se contrajo lento, incapaz de sacudir el susto.

Un aullido más.

Un aullido más y Farah Clarkson nunca regresaría a su reino.